

RASKIN, J. (2022). *LO IMPENSABLE*. MADRID: BERG INSTITUTE

Raquel MARAÑÓN GÓMEZ
Letrada de las Cortes Generales
<https://orcid.org/0000-0002-8729-0404>

Lo impensable, libro de Jaime Raskin, cayó en mis manos privilegiadamente previo a la publicación de su edición en español, consecuencia de mi gran amistad con su traductora Rosa Bautista y su editor Joaquín González Ibáñez. Joaquín González, director del Instituto Berg y experto en derechos humanos es a su vez gran amigo del autor, Jaime Raskin, el representante del octavo distrito congresional de Maryland de la Cámara de Representantes de Estados Unidos y miembro del Partido Demócrata. Raskin es miembro del Comité de Reglas, del Comité de Supervisión y Reforma y del Comité de Administración y de la Comisión especial de investigación del atentado del 6 de enero en el Capitolio.

El imaginar a mi amigo Joaquín con el autor en su casa de Takoma Park como nos recuerda en el prólogo y donde se forja la idea de publicar este libro en español tras su exitosa edición en Estados Unidos, hace que el relato de lo acontecido lo sienta más cercano por la indudable conexión emocional que surge y que efectivamente te lleva a pensar que el mundo es más pequeño de lo que *a priori* podemos concebir.

Ese sentimiento de cercanía se incrementa cuando uno procede a la lectura del libro y es que es un libro que relata en primera persona acontecimientos políticos de primera magnitud en la historia reciente de los Estados Unidos como son el asalto al Capitolio y el juicio de destitución presidencial de Donald Trump pero también muy generosamente relata al lector los graves sucesos familiares que en esos días previos sacudieron a la familia Raskin, el suicidio de su hijo Tommy que es el motor de la obra. Un joven brillante de veinticinco años que se ve sobrepasado por la depresión que arrastraba y que el

COVID y su ruptura traumática con la rutina agravó hasta el punto de que como el propio Tommy dijo en su nota de despedida le había vencido esa noche.

Es muy generoso compartir ese dolor, pero es que además no se recrea en el mismo, sino que lo muestra para comprenderlo y con ello superarlo o más bien digamos doblegarlo. La ausencia es infinita, pero hasta en el dolor más grande se encuentra un sentido.

Traza un paralelismo entre ambos sucesos desde el punto de vista de cómo los dos socavaron lo más profundo de sus creencias y seguridades. De ahí el título, lo impensable. Cómo anticipar lo acontecido, cómo penetrar en una mente que no quiere externalizar el dolor y la decisión tomada y cómo pensar que en una de las democracias más solventes se iba a vivir un bochornoso espectáculo como el del asalto al Capitolio. Conecta el trauma privado de la pérdida de su hijo con el trauma público de la insurrección violenta, dado el vínculo entre paternidad y patriotismo, siendo el patriota el que hace causa común apasionada y de solidaridad entre los conciudadanos.

Su planteamiento es esperanzador pues parte de que, si un trauma puede robarte lo máspreciado e incluso la alegría de vivir, también puede hacerte más fuerte y sabio y conectarte más profundamente con otras personas y por tanto si un individuo puede crecer a partir de ese trauma, también la nación pueda hacerlo. Recuerda este planteamiento a Montesquieu y su traslación de la idea de equilibrio como la base de la felicidad individual y también por ende de la nación. Sobre este aspecto profundiza en otro punto de la obra al hablar del optimismo constitucional que formula en un doble sentido, por un lado, como una manifestación de su personalidad, es decir de su constitución personal y por otro lado desde un sentido del Estado, bajo la premisa de que el texto constitucional puede tener el efecto benéfico de elevar la condición social y política de una nación. Ese optimismo que define como un hábito del corazón considera que ha podido cegarle ante el peligro y eso extendido a un importante ámbito de la sociedad debilitarla ante la posible insurrección violenta. Entendiendo el razonamiento del autor que desliza cierto sentimiento de culpa que, aunque injustificado completamente es totalmente comprensible desde el punto de vista de un padre que no consigue evitar lo impensable. No hay culpables. Cosa distinta es lo que denomina la *miopía política* que dificultaba

anticipar interrupciones violentas de recuentos electorales o asaltos violentos a la casa de la soberanía y no porque esto no suceda sino simplemente por la ingenuidad de pensar, esto no sucede aquí.

Con la mirada a lo vivido, sabiamente nos deja el siguiente mensaje y no es otro que hay que atender a las pistas estratégicas, prestar atención a los detalles mundanos. «Así es como el autoritarismo se infiltrará en la sociedad y controlará nuestras vidas, una pequeña agresión cada vez». Por eso invita a mantener los ojos abiertos desde un inicio, porque solo de ese modo se verá venir desde un principio. Esta idea ya fue desarrollada por Madeleine Albright en su libro *Fascismo*. Una advertencia que lo concibe no como un sistema ideológico sino como una estrategia para tomar y mantener el poder es válida para otro tipo de movimientos autoritarios, pues coincido en la apreciación de que es el sometimiento y no la ideología lo que impera y por tanto abarca todo el espectro político de derecha a izquierda.

También en el ámbito personal se formula muchos interrogantes que comienzan con el condicional «podría». Podríamos haberlo hecho de otra manera, haber insistido en la terapia, haber sido más incisivos, pero concluye a pesar del asalto de las dudas que no hay manera de forzar un final diferente en la realidad, por qué forzar por tanto una realidad diferente en la imaginación. No obstante, hay un remarque que sí cree importante realizar y que es error común como es el no pronunciar la palabra *suicidio* con demasiada frecuencia por miedo a investirla de demasiado poder y presencia cuando a su juicio sucede lo contrario. Los tabúes verbales crean misterio y la gente gravita hacia el misterio. Es esencial utilizar la propia palabra *suicidio* para desmitificarla. Añade, no es una mala palabra pues no existen las malas palabras, es algo terrible por ser un desvío irreversible del camino que todos intentamos recorrer juntos, el camino de la vida.

Ante su pérdida, un lamento y una sentencia; la crisis de la salud mental y emocional es una catástrofe nacional para los jóvenes que se ve agravada por lo que considera las enormes deficiencias del sistema sanitario estadounidense que genera grandes desigualdades en el trato en función del seguro médico. La enfermedad mental es una de las lacras de las sociedades modernas y cifra en al menos un 25% de los estadounidenses, es decir hay aproximadamente unos ochenta millones de personas los afectados por una enfermedad

mental o emocional crónica. Una magnitud que obliga a medidas urgentes.

Raskin pone sobre la mesa el autoengaño que se puede producir cuando solamente reparas en las señales externas y no en las internas y llama la atención sobre una dinámica del suicidio que hay que conocer para anticipar un posible desenlace. Una contención emocional previa consecuencia de una determinación tan firme como devastadora. Cualquier comportamiento que salga de lo habitual, debe por tanto de ser analizado en profundidad ante una persona en crisis.

Raskin era profesor de Derecho Constitucional, apasionado de la lectura y en el año 2006 como él nos dice, decide pasar de la erudición y el pundonor a la lucha por las cosas en las que creía. El dilema entre entrar en política o ser un pensador crítico se decantó por lo primero impulsado por el hecho de tener unos tres jóvenes en casa que se inclinaban tempranamente por la acción política y que saludaban muy positivamente el compromiso de su padre y de modo especial su añorado Tommy que se convierte en una pieza esencial en su campaña, que llamaron *el verano de la democracia*.

Nos narra su paso por la política y los apasionantes diálogos cargados de humanismo con su hijo y las lecciones de vida hasta llegar a los sucesos impensables. Acababa de dar sepultura a su hijo en la noche del 30 de diciembre decide que ya no puede más.

Una imagen descrita magníficamente resume lo que los congresistas americanos vivieron en ese aciago día del 6 de enero de 2021. Un agente que les exhorta a él y otros congresistas «más rápido, por favor dense prisa» a bajar a los sótanos del Capitolio, ante el desconcierto y la rabia mientras una turba accede al interior de la Cámara de Representantes. Esa situación de desconcierto evoca a Lincoln en la batalla de Bull Run en la que abrumado por las bajas de los soldados de la Unión en una especie de lamento exclamó «¿Dónde está el Norte?». El norte ideológico, el norte como brújula y que entronca con un sueño del propio Raskin donde el gran presidente le decía «Hay un norte» y por tanto la cordura saldría al paso de las turbas y amenazas antidemocráticas. Más relatos desde dentro. La gente llamando a sus esposas y maridos para despedirse, los miembros del Congreso quitándose sus insignias de congresistas para no ser identificados por la multitud, un capellán rezando y el sonido de golpear las puertas.

Este libro que es además de un manuscrito vivencial personal y político resulta muy didáctico a la hora de entender el sistema constitucional americano porque está escrito por un profesor experto en la materia, profundo conocedor de la historia política americana que de manera constante trae a colación para encontrar en el pasado algunas claves y para llevar al futuro las lecciones aprendidas. Tanto la estrategia de cuestionamiento de los resultados electorales y las argucias técnicas como el proceso del *impeachment* así como el arranque de la Comisión especial para investigar el asalto al Capitolio son explicados y analizados de modo que sea comprensible y accesible a todos.

El plan de Trump en palabras del autor se basaba en la duodécima enmienda y en la palabra «inmediatamente». De modo que si ningún candidato gana la mayoría de los electores cuando se cuentan los votos de los estados, la contienda se lanza inmediatamente a la Cámara de Representantes para proceder a una elección contingente. El hecho de que la mayoría de la Cámara fuese demócrata y la presidiese Nancy Pelosi no era determinante pues la duodécima enmienda establece que esa elección contingente se hará por estados y que cada estado tendrá un voto. Por tanto, en lugar de un hombre un voto sería cada estado un voto. No había habido una elección contingente desde 1824 cuando John Quincy Adams derrotó a Andrew Jackson en la Cámara después de que este se hubiera quedado corto en la mayoría del Colegio Electoral a pesar de tener una pluralidad en el total de los votos populares. La única otra elección contingente databa de 1801 entre Jefferson y Burr que el propio Jefferson había calificado de borrón de tinta en la Constitución.

La cuestión era por tanto que, si se podía negar a Biden los 270 votos en el Colegio Electoral, la carrera se trasladaría a la Cámara para una elección contingente en la que los republicanos sí podrían ganar con una presunta mayoría de delegaciones estatales. Para ello el profesor de Derecho Constitucional hizo un ejercicio de proyección y de ponerse en lugar de otro y plantearse qué haría si quisiera adulterar los resultados. Para conseguirlo tendría que quitarle al menos 37 de los votos electorales reduciendo al menos su total de 306 a 269 y ahí las perversas hipótesis serían tres posibles:

- Persuadir o coaccionar a funcionarios electorales estatales para que anulasen los resultados populares reales por razones de fraude

- o de corrupción imaginarios y luego encontrar nuevos votos para Trump.
- Convencer a las asambleas estatales dirigidas por el Partido Republicano para que anulasen e ignorasen sus resultados de la elección popular con algún pretexto similar y luego usar sus poderes plenarios sobre la adjudicación de sus electores.
 - Y si ninguno de los planes anteriormente funcionara y Biden llegara a 270 o más el 14 de diciembre, hacer que el vicepresidente Pence declarase poderes de la duodécima enmienda para rechazar unilateralmente a los electores emitidos por estados indecisos como Arizona, Georgia y Pensilvania y devolverlos a los estados para así frustrar la mayoría del Colegio Electoral de Biden, desencadenando inmediatamente la elección contingente estado por estado en la Cámara de Representantes.

El antídoto era trabajar para obtener mayorías en más delegaciones estatales y poder ganar directamente en una elección contingente y anticipar todas las posibles maniobras parlamentarias en virtud de la duodécima enmienda y la ley de recuento electoral, especialmente teniendo en cuenta que si ningún candidato obtuviera la mayoría en el Colegio Electoral o en las elecciones de la Cámara de Representantes cuando llegase a término el día de elección del presidente correspondía la Presidencia a la presidenta de la Cámara de Representantes Nancy Pelosi. De igual modo al servicio de la causa puso el acuerdo de recaudación de fondos conjunto que permite a candidatos con una visión y propósito común trabajar y repartir las contribuciones conjuntamente, creó el Fondo de Defensores de la Duodécima Enmienda que sirvió más de un millón de dólares para apuntalar a candidatos demócratas en estados indecisos.

Su ejercicio de proyección e imaginativo fue extenso, pero no había contemplado lo que sucedió, el desencadenamiento de la violencia para intimidar al vicepresidente y al Congreso, detener el recuento de votos y servir una excusa quizás para una intervención militar. Estaba nuestro autor y por segunda vez en el plazo de unos días ante lo impensable.

En el imaginario del asalto, el vicepresidente Mike Pence podría rechazar unilateralmente los electores de un estado, amparán-

dose en la literalidad de la Constitución que dice que los votos serán contados en ese momento si bien su papel es procesal y ministerial y porque interpretarlo de otro modo podría suponer un grave conflicto de intereses dado que en muchas ocasiones es candidato a la Presidencia. Esa hipótesis de presión pareció verificarse si bien resultó infructuosa dado que Pence escribió que su juramento de apoyar y defender la Constitución le impedía reclamar una autoridad unilateral para determinar qué votos electorales debían contarse y cuáles no.

Nos dice Raskin que la política en los Estados Unidos es un juego de centímetros y por esa magnitud no prosperó el asalto. Trump, tercer presidente estadounidense en ser sometido a un juicio político, *impeachment*, anteriormente Andrew Johnson y Bill Clinton, se convertía en el primero sometido en dos ocasiones. El autor narra con sumo grado de detalle y con el mayor interés para el lector la estrategia seguida en el *impeachment* que, aunque no prosperó por un 57-43, contó con siete votos republicanos de diferentes partes del país.

En el epílogo nos avanza lo que sucedió posteriormente. La creación de la Comisión especial de trece miembros para investigar lo que sucedió compuesta por ocho demócratas y cinco republicanos de la que fue miembro. Dicha comisión finalizó sus trabajos muy recientemente y solicitó en conclusión del Departamento de Justicia procesar a Trump por cuatro delitos incluido el de insurrección y el propio Raskin daba cuenta de las conclusiones. Días después anunciaba que padece un linfoma de cuello, un tipo de cáncer grave, aunque curable al que dedicará sus esfuerzos sin dejar su compromiso político.

Resulta un libro imprescindible para quien esté interesado en la política americana pero con lecciones que trascienden de sus fronteras pues son esquemas replicables en otras latitudes como hemos podido comprobar recientemente en el Parlamento brasileño.